

do de vivir, de luchar, de luchar por la vida y vivir de la lucha, de la fe, es dudar". (5) Y une, la fe a lo eterno, con la duda de la tierra. Nada valdría esa fe sin la duda, "Fe que no duda es fe muerta", porque la sinfonía del Cielo moriría sin la sinfonía de la Tierra.

* * *

Encerrada España en el almarío de Unamuno. Nada de ella brota; parece que sólo al través de este espíritu se la conoce. Y reciamente, como si

(5) Unamuno. "La agonía del cristianismo".

desde hace cientos de años Unamuno hubiera impulsado el fluir español, surgen los tipos eternos, vueltos a vivir, humedecidos del rocío de vida que Unamuno vertió. Así Don Quijote. Así Sancho Panza. Y las formas de la esencia hispánica. Por eso Unamuno es también Hernán Cortés. Y nos conquista, y nos ha conquistado; pero con la profundidad del que arrebató, en lazo de amor, las entrañas de la vida: se nos ha "entrado por el alma adentro". (6)

(Continuará)

(6) Segunda parte del Quijote. Cap. LIII. Del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza.

EL ENSAYO PREMIADO

IMPORTANCIA DEL PAPEL Y EL LIBRO EN LA CIENCIA PALEOGRAFICA COMO AUXILIAR DE LA HISTORIA

P o r . A N G E L S A Y A G O M U J I C A

I

ORIGENES Y CARACTERISTICAS ESENCIALES DEL PAPEL

EL papel fue el vehículo más importante para transmitir la cultura y el medio más eficaz para conservar los hechos históricos a través de los tiempos. Antes de la aparición del papel, son de gran importancia para la Historia las inscripciones sobre piedra o metal.

El papel viene de papyrus; hojas de una especie de papel primitivo elaboradas con la delicada película que encierra el cuerpo del tronco de la planta llamada papiro, famosa ya desde 3,500 a. de J. C., en que era cultivada a orillas de las aguas estancadas del Nilo.

Los egipcios y los griegos fueron los que principalmente supieron sacar provecho de esta planta; y en Egipto existió multitud de variedades de clases de papiro, por ejemplo: había el papiro hierático, era el más fino y blanco, donde se escribía precisamente con la escritura hierática o sacerdotal, este papiro se lo reservaban los egipcios para sus libros sagrados; papiro real, que se

usaba en la correspondencia epistolar; papiro livio; papiro claudiano, etc.

Los griegos y los romanos comerciaron con el papiro desde Alejandría y Valle del Nilo, aunque a fines del siglo X desapareció como industria en Egipto, concentrándose la industria y el comercio en los hebreos. Mucho tiempo después, se propagó en Sicilia y su producción fue aprovechada en Europa cuando se escaseó en Egipto, continuando la industria en Sicilia hasta el advenimiento de la fabricación de papel en Europa; aunque se siguió usando poco, por ejemplo en el siglo XI todavía se usaba en las bulas pontificias. Se escribía en una sola cara.

Para su fabricación separaban la película (líber) del tronco con un cuchillo bien afilado, sacando de doce a veinte tiras sumamente delgadas y tan largas y anchas como lo permitía el tronco; las humedecían en una especie de cola de harina, colocábanlas unas sobre otras, las prensaban y las ponían al sol.

Sin embargo, a los chinos se debe el invento del papel formado de fibras vegetales, de donde pasó a Persia su conocimiento hacia el siglo IV y de allí lo aprendieron los árabes cuatro siglos

después, y más tarde se introdujo en España. Los árabes debieron importar el papel a España en los siglos IX o X, generalizándose su uso en el siglo XIII.

Hacia el año 610, sacerdotes enviados a China por el rey de Corea, propagaron dicho invento por el Japón y Corea. Entre los prisioneros que en 751 llegaron a Samarkand, hallábanse unos que aprendieron fácilmente la fabricación del papel y la practicaron. El papel fabricado por los samarkandros o coreanos se confeccionó más tarde de tejidos viejos, relegando al desuso los demás materiales de fibra. En 795 montóse una fábrica de papel en Bagdad, en donde esta industria floreció hasta el siglo XV. En Damasco en el siglo X se elaboraba el papel llamado Charta Damascena, que se exportaba al Occidente. La fabricación del papel extendióse luego a las costas del Norte de Africa, llegando hasta la península Ibérica.

Las Partidas de Alfonso X el Sabio, hacia el año 1257, clasifican el material de esta especie distinguiendo el pergamino de cuero del pergamino de trapo, bajo cuya última designación es conocido el papel en Castilla durante larga época.

En España no se usó casi nunca el papiro porque no se podía cultivar allí y era carísimo, por lo que usaron el papel llevado por los árabes; este papel se parecía al papel de estraza, porque, como quedó dicho, se hacía de desperdicios de género o trapo; de todos modos el papel que era más barato, ayudó a la difusión de la escritura.

Nuestros indígenas usaron un papel muy semejante al papiro: el amate, el maguey, el izote. El amate es una especie de higuera que da una corteza esponjosa de ese árbol se desprendía la corteza, se maceraba con algunas yerbas y se pulimentaba con unas planchas de piedra. Había amate amarillo, amate blanco, amate negro. El papel amate tiene la consistencia del papel del Japón. Del maguey se maceraba también la penca, y una vez machacado el ixtle, o sea la fibra de la hoja de papel, sobre él se pulimentaba. El izote es una palma. De los tres se sirvieron para escribir, pero usaron también la piel de venado, de la cual están hechos los Códices, en una tira larga; éste era bastante grueso, pero de una consistencia. Entre los tarascos y zapotecas se usaban como mantas de algodón en las que se pintaban las escenas.

Es indiscutible que todos nuestros conocimientos sobre la Historia antigua de México, nos han sido proporcionados por los códices, y en este sentido ha jugado un lugar preponderante el conocimiento de la clase de papel que tenían los

indígenas, sin el cual, poco o nada supiésemos de su vida, hechos y costumbres.

En España, los principales documentos históricos que tienen son los libros hechos en pergamino, que es la piel del animal desprovista de pelo y con una sustancia preparada para que tome la tinta con que se escribía; era de piel de borrego, porque es muy suave y flexible.

Hay el pergamino de los libros ricos, que se llama vitela, que es también pergamino, pero casi siempre de animales muy jóvenes; hay hojas de éste tan delgadas como el papel de china; esta era la materia preferentemente usada para escribir los libros de importancia; su color natural es blanco sucio y con el tiempo se convierte en amarillo; es grueso como el cartoncillo.

Hemos visto, de manera muy general, las distintas clases de papel que usaron los pueblos en la antigüedad. La humanidad inconscientemente ha distinguido la etapa arqueológica de la etapa histórica, gracias al descubrimiento del papel, que fue el que de una manera efectiva pudo transmitir la cultura de los pueblos a sus descendientes, aunque es indiscutible que el valor del papel lo debe también al descubrimiento de la escritura, que nació probablemente con la hierática o sacerdotal de los egipcios, de donde evolucionó hasta constituir el alfabeto fenicio.

II

Orígenes y características del libro

Aunque es desconocido para nosotros el origen del primer libro, así como la fecha, sabemos que es bastante antiguo su conocimiento; hasta ahora el más antiguo conocido por nosotros es el llamado Papiro Prisse, cuyo origen se remonta a la XII dinastía. Todas las primitivas inscripciones se hacían en piedra, a las que le siguieron los grabados en bronce como las Leyes de las XII Tablas (aunque algunos historiadores afirman que fueron hechas en piedra); las obras de Hesíodo se escribieron en plomo. Sin embargo, no parece preciso llamar libros a estos primitivos monumentos literarios; el libro debe considerarse como tal con el advenimiento de la escritura en telas, pieles, hojas y cortezas de árboles, fáciles de enrollar y doblar, o tablillas de oro, de marfil o de madera, que reunidas se guardaban en cajas.

A estos primeros libros, que son los más antiguos de que se tiene noticia, se les aplicó el nombre de Códice (Codex); su significado era distinto del de liber, éste era el papiro o la piel en que se escribía, y se enrollaba. En cambio el

codex era la reunión de tablillas enceradas, y estaba destinado a abrirse y no enrollarse.

Líber y codex subsistieron simultáneamente por mucho tiempo, estando restringido el empleo del segundo para los diplomas militares y para llevar cuentas, pero con el uso del pergamino el líber se sobrepuso al codex, recibiendo éste, más tarde, otro significado. Esta supremacía no se realizó de golpe, pues los documentos jurídicos continuaron escribiéndose en tablas enceradas.

En el siglo II el pergamino fue aceptado en toda la literatura jurídica, y el codex de pergamino se usó en ella antes que en otra. Los códices de pergamino más antiguos se remontan a los siglos III y IV; naturalmente su fácil aceptación se debió a su mayor duración con relación al papiro. En el siglo IV aparece el Codex Gregorianus y el codex queda definitivamente como forma para compilaciones jurídicas. La voz líber pierde entonces su significado, y su modificación pasa a designar la reunión en número de hojas o cuaderno inferiores al del codex. Se decía entonces: líber, obra compuesta de un solo tomo; codex, obra compuesta de varios libri. De estas significaciones se derivan las voces códice, manuscrito de obras de antiguos autores, y código, compilación o reunión de leyes.

Lo más valioso de la Historia Antigua de México lo tenemos en las inscripciones de nuestros códices, de entre los cuales sería largo enumerar los pasajes históricos que han llegado a nuestro conocimiento, y sin los cuales sería para nosotros la etapa antigua que conocemos de los pueblos de México, una etapa transitoria del período neolítico y el arqueológico.

Los caldeos y asirios han dejado verdaderas bibliotecas de ladrillos de arcilla, sobre lo que escribían; aunque con el empleo del papel y su difusión en Egipto (papiro), se consolida la existencia del libro propiamente dicho.

Líber y biblos, que significaron en un principio la corteza y películas interiores de ciertos árboles utilizados como materia escritora, se aplican después, por extensión, a la medula papirácea representada por una serie de láminas o telas superpuestas. Este líber fue el libro más completo y lo tuvieron los romanos; decidiendo más tarde hacerlos con una varilla a cada orilla para poder enrollarlos: esta varilla se llamaba Umbilicus; como los mapas de ahora que llevan dos palos en sus extremos. Se enrollaban y unían entre sí como atado de puros y para leerlos, con una mano se desenrollaba el libro y con la otra se iba enrollando. Más tarde se le dió la forma de un biombo.

Después, con la aparición del pergamino y, sobre todo, con la adopción del codex o cuaderno, el libro propiamente dicho, que nace con la invención del papiro como materia escritora, sale de la niñez para entrar a la juventud. Aunque con el codex y el pergamino no desaparece la forma de rollo, la substitución se opera lentamente y no antes del siglo IV de nuestra era. No obstante la superioridad del pergamino sobre el papiro, aquél sólo muy lentamente logró reemplazar a éste, lo que ocurre en el imperio de Diocleciano.

Los más antiguos libros en pergamino se escribieron entre los siglos III y IV. En este último, el códice coexiste con el rollo. La aclimatación definitiva del pergamino viene a coincidir con el triunfo de la Iglesia Católica, época en que Constantino manda hacer cincuenta copias de la Sagrada Escritura, para ser utilizadas en las iglesias que se constituyeron en el Imperio.

Es necesario tener siempre presente que todos estos libros o códices fueron escritos a mano y, por tanto, quedan considerados como manuscritos; tienen, pues, el mismo significado. Los libros hechos después de la aparición de la imprenta, quedan considerados fuera del estudio de la Paleografía, porque ésta, como su nombre lo indica, se refiere a las formas antiguas de escritura y su evolución, por tanto, a sus diferentes tipos. Probablemente en un futuro, por hoy un poco alejado, las formas de letras de nuestra imprenta varían; tendrá entonces, la Paleografía, más material para sus investigaciones porque se referirá a las primeras formas de letras de la imprenta.

III

Nacimiento efectivo de la ciencia paleográfica

El estudio de todas las disciplinas que componen actualmente la Paleografía (epigrafía, heráldica, numismática, xilografía, diplomática), se hizo desde mucho tiempo antes de que ésta se erigiera como una verdadera ciencia, es decir, que sus investigaciones se consideraran netamente científicas.

En este sentido la Paleografía como ciencia es relativamente moderna. En Italia, en el siglo XV, empezaron a formarse academias paleográficas; se reunían varias personas y empezaban sus estudios; al cabo de algún tiempo formaron su código con toda clase de abreviaturas en cinco idiomas. En esta forma empezó a formarse la ciencia paleográfica, pero aun en forma raquítica e incipiente; ésta tomó vigor al darse cuenta los investigadores de la existencia de muchos docu-

mentos manuscritos que se creían coetáneos y que en realidad eran de generaciones pasadas. Entonces los manuscritos dejaron de estudiarse con un sentido puramente gramatical, para extender su estudio en forma lógica y crítica, obra que realizaron principalmente Petrarca y sus contemporáneos a mediados del siglo XIV, con lo cual dieron nacimiento al estudio crítico de los documentos, a la Paleografía.

El estudio de la Paleografía se circunscribió, primero, a los diferentes tipos de escritura, refiriéndose, en forma especial, a los tres tipos que se originaron de la escritura latina a la caída del Imperio, y que fueron: el lombardo en Italia, el visigótico en España y el merovingio en los reinos francos; en todas ellas aparece la escritura cursiva romana más o menos alterada.

La escritura visigótica española fue sustituida más tarde por una forma francesa de escritura, la cual no era más que evolución de la merovingia; esta escritura fue introducida en España en el siglo XI, adoptándose en el siglo XIII, de donde surgen dos tipos posteriores: la de Privilegios y la de Albalas, llamadas así por el empleo que de ellas se hace en documentos más o menos solemnes procedentes de la Cancillería Real. Es propia esta letra de los documentos más importantes, autorizados muchos de ellos con el signo rodado del monarca. La de albalas se escribía en recibos y en general cartas o cédulas en que se concedía alguna merced o se proveía otra cosa.

Siguen formándose otros tipos de letras, entre los que se deben contar la Cortesana o redonda, usada en el siglo XIV, que se usó antes de la imprenta en libros, por lo cual se le llamaba también Libraria. La Procesal y la Procesal encadenada que se usaron sucesivamente en los siglos XV y XVI; este tipo está caracterizado por muchos adornos en las letras. Por último, a fines del siglo XVI se constituyó la forma llamada Itálica, la cual predominó en los siglos XVII y XVIII.

En México, después de la Conquista se caracterizaron los documentos manuscritos por dos tipos esencialmente distintos de escritura: una de los españoles, y la otra, la de los indios que se fueron asimilando la cultura hispánica.

Los escritos de los indios aparecen continuamente en letras aisladas, y esto se explica porque los indígenas no usaban letras sino jeroglíficos y procuraban dibujar todo. Los primeros misioneros, al enseñar a los indios a escribir, les enseñaban primero el alfabeto, y así, con las letras separadas, por idiosincrasia, cuando ellos escribían ponían una letra a continuación de la otra, aisladas, como acostumbraban hacer sus jeroglíficos.

Además, se pueden identificar sus escritos por el empleo o la sustitución de determinadas letras: el indio suprimía la *f*, *g*, *b*, *d*, por la *t*; en otros casos, no teniendo la *ch* la sustituían por la *x*: en lugar de decir Sánchez, decían Sánxez. Cuando vemos que en ciertas palabras hay sustitución de algunas de estas letras, podemos afirmar, sin lugar a dudas, que ese escrito es indígena. Por otra parte, es necesario tener en cuenta que los indígenas escribieron con caracteres ya en desuso: escritura redonda (semigótica), dada por los frailes.

Los indios copiaban las letras como para dibujarlas, escribieron siempre bastante bien, con mucha corrección. Y aun entre los primeros manuscritos mexicanos, hay muchos que tienen la particularidad de estar escritos en dos formas: con escritura española la mayor parte de las veces, pero en los cuales existía todavía gran cantidad de jeroglíficos; esto dió origen a lo que puede llamarse la Paleografía Española Indígena, que estaba representada principalmente en los códices de tributos, donde la numeración indígena jugó un gran papel.

La Paleografía toma caracteres científicos en México, con la asimilación del español y el indio, cuyos documentos han sido de gran importancia para el estudio del México Colonial, y aun considero que a la fecha hay todavía mucho que investigar en nuestros archivos y en los de Indias en España.

IV

Su importancia en la Historia

Sería ocioso enumerar todos aquellos historiadores cuyas interpretaciones de los fenómenos históricos las ratifican con las citas de documentos paleográficos de la época a que se refieren: abramos una historia cualquiera y veremos innumerables citas paleográficas que no hacen más que confirmar el valor que he asignado a todos aquellos documentos paleográficos que parecen no tener ningún valor.

La historia de todos los pueblos está basada principalmente en sus documentos manuscritos que transmiten su evolución creadora a todas las generaciones posteriores; y en este sentido la escritura y el papel, que determinaron la aparición del libro, evolucionaron en tal forma la cultura de la humanidad, que multitud de conocimientos, privilegio de unos cuantos, llegó a ser patrimonio de todos los hombres.

Recorramos todos los pueblos de la humanidad, y siempre encontraremos los orígenes de su his-

toria (científicamente comprobada), con la aparición del papel, en cualquier forma o determinación con que se asigne; todo lo demás que quiera incluirse en la historia de un pueblo, no son más que conjeturas e hipótesis.

Los orígenes de la Historia de México hay que buscarlos en los códices, lo otro son inferencias deductivas, por ejemplo: la exquisita arquitectura de los mayas revela una cultura superior a todos los pueblos que existían en América a la llegada de los españoles, aceptado, pero no como dato histórico, sino como conjetura lógica que, sin ser historiador, se deduce. Descifremos la mul-

titud de signos que nos dejaron en sus paredes y en sus códices, que aún somos incapaces de resolver, y entonces habremos revelado datos históricos importantes para toda la América y el mundo en general.

De su escritura solamente se conoce su numeración y sus signos jeroglíficos son todavía un misterio; el valor de los códices Dresde, Pereziano, Troano y Cortesiano, que encierran en el misterio muchas cosas de esa civilización prodigiosa, son para nosotros como una ruina arqueológica, de la que pueden deducirse muchas cosas y, sin embargo, no se puede afirmar nada.

LOS TRES DIRECTORES DEL CICLO MUSICAL

P o r G A B R I E L S A L D I V A R

CADA uno de los conciertos que se van sucediendo en el ciclo organizado por la Universidad, en forma que expone la historia de la música a través de la música misma, nos trae nuevas revelaciones y nos hace apreciar cada vez mejor a los elementos que intervienen en las ejecuciones.

Este fenómeno es perfectamente explicable: colocados los filarmónicos, durante los primeros conciertos, en un plano en que pocas ocasiones se sitúan, han tenido que enfrentarse con un público no acostumbrado a la música medioeval que se le hacía oír, motivo suficiente para no entusiasmarse y llegar al aplauso delirante con que ha hecho justicia a la labor de los conjuntos en los conciertos posteriores, cuyos programas están más cerca de nosotros en tiempo y en expresión.

Tres directores se encargan de los programas sinfónicos y corales; los tres enérgicos, activos, animados por un amor sincero a la música y deseosos del mayor bien para el medio musical en que actúan. Juan D. Tercero, el más joven lleva la responsabilidad de los conjuntos corales; José F. Vázquez, novel en la dirección con magníficos triunfos y José Rocabrana, el más experimentado, dirigen el grupo orquestal sinfónico; de ellos nos ocuparemos sucesivamente.

I

No hay que ver a Tercero cuando dirige los coros; no hay que preocuparse por cómo obtiene los efectos; hay que oír la calidad sonora que arranca a los conjuntos.

Delgado en la figura hasta parecer alto; un poco inclinado los hombros; la cara afilada, los

ojos pequeños y profundos, las cejas arqueadas y escasas y una frente despejada y amplia hasta confundirse con una calvicie que fue precoz.

Ardoroso en la plática, fija la mirada en la persona con quien habla mientras emite sus juicios cortantes y acciona con las manos abiertas y los dedos separados.

Rápido al andar da idea de tener el tiempo medido para todos sus actos; y así llega frente a su coro, hace un ligero saludo al público, da media vuelta, llama la atención al conjunto e inmediatamente principia a dirigir. Mueve poco el cuerpo y la cabeza, pero los brazos los agita en amplios movimientos angulosos, bruscos, rápidos y su mirada se clava en cada grupo de cantantes.

De esa manera logra que el coro de la Universidad obedezca a todos sus impulsos, atienda a todas sus indicaciones obteniendo lo que se propone, desde disciplina y conexión entre los cantantes de cada grupo y del conjunto entre sí, hasta una clara y correctísima dicción, aun en idiomas que muchos de sus componentes no dominan y en todos los momentos, que lo mismo pueden ser pianísimos que fuertes.

Grandes esfuerzos ha desarrollado Tercero para colocarse en el sitial que ocupa. En su tierra (Ciudad Victoria, Tamaulipas, 12 de diciembre de 1896), principió desde muy joven a dirigir coros, de preferencia religiosos, pues sus primeras lecciones de música, recibidas en el piano, lo fueron de las manos pálidas de una monja de nombre cristalino, Sor Angélica, y se pretendió educarlo para organista con objeto de que ocupara este puesto en la catedral y a la vez fuera maestro de capilla; con ese objeto ingresó al coro, que des-